

MISTERIOS

Misterios y científicos, o al revés



Ricardo CAMPO

El sector más pretencioso del periodismo es el especializado en misterios, enigmas y demás cuentos chinos refutados tiempo ha, pero refritos y zombificados década tras década por esos presuntos periodistas encantados de mostrar su apertura mental. En realidad, son mercaderes de mente férrea enfocada al negocio y la explotación de creencias rancias. Los domingos por la noche arrojan por una cadena privada de televisión un ejemplo clásico de todo ello, un potaje que lleva el ingrediente conspiracionista para terminar de volver loca a la gente. Lo peor de todo ello no es haya una parte de la población que consume estas basuras televisivas; si quedasen reclusas a una subcultura de fanáticos retroalimentados sería un mal menor, pero ocurre que ese teatro pseudocientífico se filtra a otros ámbi-

tos. Una buena parte del público alfabetizado tiene de la ciencia la imagen que ofrecen programas como el que usted tiene en mente y otros muchos, tanto de radio como de televisión, que es la que transmiten esos empresarios del más allá y lo alternativo. Lo mismo venden un inútil remedio homeopático que aseguran que en el chupacabras tuvo un hijo con el monstruo del lago Ness.

Esa imagen es la que queda en mente de quien no tiene suficiente criterio para distinguir entre una aproximación científica —o de simple sentido común— a alguna faceta de la realidad y las elucubraciones ocultistas de algún listo que vende chatarra como si fuese oro de veinticuatro quilates. Esa imagen cultural de la ciencia lleva aparejada la sensación de que existen numerosos poderes enarrazados como las matrioskas que ocultan hallazgos o informaciones que no deben ser conocidos por el vulgo: energías libres e inagotables, cura para todas las enfermedades, ingeniería inversa desarrollada a partir de naves extraterrestres encontradas en diversas partes del mundo (por

ejemplo, la invención del transistor fue posible gracias a la tecnología del platillo volante que se estrelló en Roswell en 1947, algo difícil porque allí no se estrelló nave alienígena alguna, sólo un globo portador de material científico de fabricación norteamericana), etc. El factor conspiracionista juega un papel fundamental en todo este circo; siempre lo ha jugado, pero en los últimos años aún más. Cualquier especulación, sugerencia o salida de tiesto (de las que hay cincuenta en cada emisión de radio o televisión sobre enigmas y ciencias “de frontera”) tiene como sustento imaginario algún encubrimiento, alguna clave iniciática, algún mamoneo de señores con gafas de pasta y militares hambrientos. Hay, y seguirá habiendo, quien se trague esta publicidad fraudulenta y caducada. Ni siquiera hacen falta pruebas, ya que para esta gente pedirías es como tirar una caja de bombas fétidas en una rosaleta florecida.

Por el contrario, el periodismo paranormal, al mismo tiempo que ofrece su visión distorsionada y sencillísima de la ciencia (una especie de curiosidad desordena-

Cualquier especulación, sugerencia o salida de tiesto tiene como sustento imaginario algún encubrimiento, alguna clave iniciática, algún mamoneo de señores con gafas de pasta y militares hambrientos

da por lo que cada individuo cree que es un misterio), se muestra con un disfraz pintoresco: se trata de valientes plumillas de corte aventurero, intrépido y vanguardista. Son seres vivarachos y un poco cabecitas locas que dicen ser aguerridos “periodistas científicos” que luchan contra las ortodoxias y desafían el malvado *establishment* que nos oculta sistemá-

ticamente la auténtica realidad. Estos incansables buscadores de la verdad (de una u otra manera todos buscamos una verdad, pero el periodismo del misterio comercial es especialmente cursi a la hora de usar esta expresión, extasiados siempre por la relevancia de la empresa en la se han embarcado) se alzan contra una ciencia a la que pintan como inherentemente mafiosa y refractaria a aceptar cualquier tontería o fumada descontrolada que, quien sea, pretenda hacer pasar por la piedra filosofal. Esa ciencia aburrida y maquiavélica es la que pone en duda que los alienígenas nos visitan desde la antigüedad, o la que asegura que las casas encantadas no están encantadas sino que son producto del poder propio de multiplicación de las leyendas urbanas y de la psicología de los propensos a detectar indicios, sensaciones anómalas y presencias etéreas en lugares señalados por la rumorología (muy recomendable: *The Science of Ghosts*. Joe Nickell, Prometheus Books, 2012). Cualquier científico, si no anda un poco despistado, debería pensárselo dos veces antes de acudir como invitado a esos programas de “misterios”; los que se han negado son luego señalados por su mal rollo, por su negativa a abrirse a las “realidades ocultas” y otras letanías, y la cosa se vuelve muy divertida en este punto.